

ALEJANDRO JODOROWSKY

EVANGELIOS PARA SANAR

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Índice

Prólogo	
Alejandro Jodorowsky	13

EVANGELIOS PARA SANAR

MARÍA CÓSMICA

Introducción	19
---------------------	----

1

La genealogía de José	29
-----------------------	----

La anunciación a José (Mateo 1:18-25)	31
---------------------------------------	----

María y el nacimiento de Jesús	41
--------------------------------	----

La visita de los Magos (Mateo 2:1-12)	43
---------------------------------------	----

2

La anunciación del nacimiento de Juan (Lucas 1:5-25)	53
---	----

La anunciación del nacimiento de Jesús (Lucas 1:26-38)	67
---	----

3	
María y José	81
Visita de María a Elisabet (Lucas 1:39-56)	87
Nacimiento y circuncisión de Juan el Bautista	99
Juventud de Juan el Bautista (Lucas 1:80)	107
4	
El censo	109
El sacrificio de José	113
La concepción y el alumbramiento perfecto	115
5	
La visita de los pastores	141
Lo que María guarda en su corazón	142
La circuncisión	144
La circuncisión del sexo	147
La circuncisión del corazón	148
La circuncisión del intelecto	149
La mujer y la circuncisión	149
El Cristo y la circuncisión	152
6	
La ley de Moisés	153
Presentación de Jesús en el templo	159
Profecía de Simeón (Lucas 2:25-35)	166
Profecía de Ana (Lucas 2:36-39)	175
7	
Infancia de Cristo (Lucas 2:40)	177
Primeras palabras de Jesús en el templo (Lucas 2:41-52)	178
Los Maestros de Cristo	183
La vida sexual de Cristo	193

Prefiguración de Cristo en el Antiguo Testamento	197
Vocación profética de Juan el Bautista (Mateo 3:1-16; Lucas 3:1-6)	199
Llamado de Juan a la conversión (Mateo 3:7-10) / Amenaza de Juicio (Lucas 3:7-9)	206
Bautismo de agua y bautismo de fuego (Mateo 3:11-12)	207
Bautismo de Jesús (Mateo 3:13-17; Lucas 3:21-22)	208
La tentación de Jesús (Mateo 4:1-11)	215

DIOS INTERIOR

Introducción	227
8	
Jesús se retira a Galilea (Mateo 4:12-17)	233
Los primeros discípulos (Mateo 4:18-22)	237
Jesús y las multitudes (Mateo 4:23-25)	241
El Sermón de la Montaña (Mateo 5:1-2)	242
Las bienaventuranzas y el Tarot	245
La quinta esencia	246
Numerología del Tarot	251
Las bienaventuranzas (Mateo 5:3-12)	254
La sal y la luz (Mateo 5:13-16)	269
9	
Jesús y la ley (Mateo 5:17-21)	273
Asesinato y reconciliación (Mateo 5:21-26)	274
Adulterio y escándalo (Mateo 5:27-30)	276
El repudio (Mateo 5:31-32)	278

10	
El texto dictado por la divinidad	281
La oración (Mateo 6:5-9)	282
Nosotros	285
11	
Testimonio de Juan (Juan 1:19-28)	297
El Cordero de Dios (Juan 1:29-34)	297
Los primeros discípulos (Juan 1:35-51)	298
La primera señal: las bodas de Caná (Juan 2:1-12)	302
12	
Los mercaderes del templo (Mateo 21:12-17)	317
La purificación del templo (Juan 2:13-22)	329
La higuera sin fruto (Mateo 21:18-22)	333
La fe que no basta (Juan 2:23-25)	335
La conversación con Nicomedes (Juan 3:1-21)	336
13	
Juan y Jesús (Juan 3:22-30)	343
El que viene de lo alto (Juan 3:31-36)	346
La conversación con la samaritana (Juan 4:1-42)	348
14	
La segunda señal de Caná (Juan 4:43-54)	371
La fe	374
Los milagros	376
Curación de un paralítico en Jerusalén (Juan 5:1-18)	381
El poder del Hijo (Juan 5:19-30)	390

15

Retorno ofensivo del espíritu impuro (Mateo 12:43-45)	395
Jesús alimenta a una gran multitud (Juan 6:1-15)	399
Jesús camina sobre las aguas (Mateo 14:22-23)	408
Jesús, pan de vida (Juan 6:22-59)	415

16

La mujer adúltera (Juan 8:1-11)	425
La curación de un ciego (Juan 9:1-12)	433

17

El ser y el tener	445
La resurrección de Lázaro (Juan 11:1-44)	453

18

Proemio	473
Cristo y la Pasión	474
Inminencia de la prueba (Lucas 22:35-37)	476
María	479
José (Lucas 23:50-53)	481
Judas (Mateo 27:3-10)	482
La Pasión y la Crucifixión	483
Sepultura de Jesús	495
Las doce deformaciones	500
Los dos principios	508

19

La resurrección según Mateo (Mateo 27:57-66; 28:1-10)	513
La resurrección según Marcos (Marcos 16:9-20)	520
La resurrección según Lucas (Lucas 24:13-53)	528
La resurrección según Juan (Juan 21:15-23)	533

Prólogo

Después de haber analizado múltiples árboles genealógicos y de haber visto los estragos causados por la antigua interpretación de los Evangelios –enfermedades físicas y mentales, suicidios, insatisfacción sexual, misoginia, perversiones, guerras–, y pensando que si bien un individuo no puede cambiar el mundo al menos puede comenzar a cambiarlo («Si quieres caminar un kilómetro, primero da un paso», Tao te king, Lao Tse), decidí dar una serie de conferencias analizando y comentando los cuatro evangelios (de Mateo, Marcos, Lucas y Juan) para limpiar en cierta forma la manera en que habían sido interpretados. Estas conferencias, dictadas en la Universidad de Jussieu en París y recogidas en cinta magnetofónica por una alumna, Layla Bess, y transcritas íntegramente, con su estilo oral plagado de numerosas repeticiones, fueron reunidas en España por un grupo de terapeutas, SAT, en una edición limitada que rápidamente se agotó. No teniendo tiempo de emprender el arduo trabajo de pulir el estilo oral para convertirlo en literario, impedí que el libro fuera reeditado... Pero en esta última época he observado que algunos creyentes, cansados de esas inhibitorias interpretaciones que mantienen como ideal la castidad y la conservación del himen, negando que una mujer de sexualidad satisfecha pueda elevarse a una cima espiritual, suplantaban a una diosa de dimensión cósmica (María) por un homónimo menos virginal (María Magdalena), capaz de satisfacer la parte viril del Mesías, engendrando con él hijos sabios y elevándose a las alturas

espirituales a las que las mujeres de hoy se sienten capaces de acceder. Constatando que este cambio en la mentalidad popular era aprovechado por escritores sin escrúpulos para, desviándolo hacia un esoterismo vulgar y ridículo, enriquecerse, decidí corregir, aumentar y permitir editar otra vez Los Evangelios para sanar. Era necesario demostrar –primera parte de este libro– que los poderes espirituales que se le atribuyen a Magdalena son los de María y que los Evangelios –como se explica en la segunda– ofrecen un método para «cristalizar» el Cristo, es decir, lograr que lo Universal se refleje en lo Individual, convirtiéndolo en Avatar. (En matemáticas, la transformación de un número por la inversión, por ejemplo 21 en 12, es denominado «un avatar».) Si nos hacemos conscientes, entregándonos a Su voluntad, de que el núcleo central de nuestro espíritu es un avatar del Dios universal, comprendemos que nada nos separa de la conciencia cósmica. Avatar proviene del sánscrito Avatâra, literalmente «descenso», bajada comprendida como la encarnación divina en un individuo. En el fondo, la esencia del mensaje es que, si aceptamos la presencia de un Dios interior, cada uno de nosotros, no sólo Jesús, Krishna o el Dalai Lama, es un Avatar. Una interpretación correcta de los Evangelios, que corresponda a nuestra época, intentará proponer una Moral satisfactoria basada en la salud y la belleza; y enseñar a los que estén listos y prestos a mutar, el sagrado regreso a sí mismos.

Alejandro Jodorowsky

EVANGELIOS PARA SANAR

MARÍA CÓSMICA

Introducción

Al principio, cuando comencé a leer las cartas del Tarot en el transcurso de consultas individuales, me concentré en los problemas del consultante y consideré ciertas enfermedades como entidades autónomas. Poco a poco me di cuenta de que estos problemas tenían su origen en el parto. La manera en que las personas habían sido paridas influía en su destino de un modo determinante. Luego comprendí que estudiar el parto no era suficiente; hacía falta saber cómo se había desarrollado la estancia en el vientre de la madre. La gestación podría no ser ese paraíso del que se habla, sino ser ya en sí misma el infierno. La sensación de tener un lugar en el mundo está estrechamente ligada al lugar que uno ocupa durante esos nueve meses prenatales.

Para comprender este periodo de la concepción, me pareció necesario conocer cuál había sido la vida de la madre y la forma en que ella había percibido al padre de su niño. Esto suponía un estudio del ambiente en que había vivido esa mujer, de sus padres y sus abuelos, así como un estudio de los padres y abuelos del hombre con quien ella había procreado. Es a esto a lo que denominé «psicogenealogía». En primer lugar puse el acento en el aspecto psicológico del árbol genealógico, puesto que me pareció evidente que el árbol estaba en la base de toda neurosis, obsesión, cáncer, tuberculosis, manía, etcétera. Cada cual hereda una enorme marca psicológica que carga como una trampa mientras no es consciente de ella.

Por ejemplo, vi un árbol en el que el hombre no existía a lo largo de tres o cuatro generaciones. Cada vez que el primogénito alcanzaba la edad de ocho años, el padre moría y el niño se transformaba en el «esposo» de su madre. En esta familia, los niños eran considerados unos estorbos. Este tipo de situación dibuja extrañas conformaciones en el espíritu de quien la experimenta.

En seguida me percaté de que los aspectos culturales, económicos y políticos del árbol genealógico tenían un lugar importante. Conocer el nivel cultural de la familia a lo largo de las generaciones, saber si una profesión se había transmitido de padres a hijos, observar cómo las guerras se habían colocado en la historia familiar, estudiar la incidencia de nacionalidades, raíces raciales, religiones, etcétera, eran igualmente datos interesantes e indispensables para comprender la influencia del árbol sobre un ser.

Conocí a una persona cuyo padre era musulmán y su madre judía. Uno y otra habían rechazado sus orígenes, por lo que su hijo carecía de cultura, nacionalidad y raíz. No creo que sea indispensable atarse a una nacionalidad o a unas raíces determinadas. Admiro la libertad de ese personaje del Tarot que puede precisamente simbolizarla: El Loco [Le Mat]. Sin embargo, para llegar a esta libertad hace falta haber conocido y honrado las raíces. Si uno no sabe de dónde viene, desconoce a dónde va. Cortar con el pasado no significa ignorar nuestros orígenes, y conocer nuestros orígenes no significa atarse a ellos.

Es así como cobró importancia el aspecto sociológico del árbol genealógico. No podíamos estudiar una familia sin analizar la sociedad en la que se encontraba sumergida. Me di cuenta de que más allá de los aspectos psicológicos y sociológicos, existía un aspecto espiritual. Tras cada enfermedad, cada depresión y cada problema se encuentra un mito, un mito olvidado que está en la base de todo, de la religión desde luego, pero también de la sociedad.

Independientemente de que seamos judíos, musulmanes, cristianos, budistas, taoístas o ateos, desde el instante en que vivimos en Occidente somos influenciados por el mito que ha impregnado al mundo occidental: el mito judeocristiano,

que está en la base de nuestra vida social, económica, política, intelectual, sexual y espiritual. Jung, que ha hablado muy bien de todo esto, estudió la interdependencia que existe entre el mito y nuestro inconsciente profundo, y concluyó que no podemos vivir de una forma realizada si no logramos construir una divinidad interior.

Como punto culminante de tales informaciones, me pareció indispensable conocer este mito porque nos fue transmitido por generaciones que no poseían el grado de comprensión que tenemos nosotros. El mito era un símbolo y su interpretación variaba en función del nivel de quien lo interpretara. Y es una interpretación errónea y enferma la que ha llegado hasta nosotros.

Si pasamos el Evangelio por el tamiz de nuestro actual grado de comprensión, toda la pintura religiosa nos parecerá primitiva. Los artistas que se han inclinado hacia ese tema obedecieron a las directrices morales de un periodo ahora caduco. Tales directrices ya no nos corresponden; en la actualidad nos falta fijar sobre este texto una mirada que refleje nuestro grado de evolución y de conocimiento.

Hay dos modos de abordar el mito. Uno es el de quien busca establecerlo como una verdad y por tanto emprende investigaciones históricas, geográficas y sociales para probar su realidad (es lo que hacen los religiosos). El otro consiste en aceptar el mito como un símbolo y tratar de penetrar en su misterio. En este último caso, uno ya no busca averiguar si es real o no, y la nueva interpretación, hecha al margen de todos los fundamentos religiosos tradicionales, puede llevarnos muy lejos en la búsqueda de nuestra verdad interior y en el reconocimiento de nuestra alma.

Vivimos en un mundo materialista desprovisto de moral: es otra razón que me ha impulsado a explorar el Evangelio. Las leyes que nos rigen no son «morales». La bondad no aparece en sus líneas. Las leyes están hechas para proteger al más fuerte: firmar un contrato, por ejemplo, implica ávidas batallas para evitar ser estafados. Todos los contratos se establecen sobre el robo: se trata de ver quién tendrá ventaja sobre el otro. El que impone su fuerza es respetado y honrado; admiramos

su inteligencia y su éxito. Por el contrario, la víctima es despreciada porque se dejó engañar.

Navegamos así en un mundo materialista edificado sobre el robo, la competición, la explotación, el egoísmo... Todo está diseñado para impedir que la conciencia del hombre se desarrolle, porque la conciencia molesta, trastorna. El sistema escolar mantiene a los niños en un nivel lejano a la toma de conciencia: un nivel que impide al mundo cambiar. De modo manifiesto existe una conspiración tendente a mantener al mundo tal cual es, sobre sus cimientos desprovistos de moral.

A los sesenta años, es decir en el ocaso de la vida, tiramos a los seres humanos al basurero social. Los hemos acostumbrado a esta idea. Al aceptarla, los individuos viven acompañados de la angustia de llegar a esta edad crítica.

Así, nos encontramos en una sociedad criminal que destruye al ser. Es la conspiración contra el despertar. ¿Qué hacer? Me pregunté si al ocuparnos de sanar el mito no llegaríamos a crear una nueva moral que nos permitiera alcanzar la conciencia colectiva. Esta moral no tendría como fundamentos las nociones de bien o mal, sino la de belleza.

Sin embargo, ¿qué moral podemos construir si vivimos entre personas que desprecian el espíritu tanto como a quienes lo desarrollan? Un individuo es considerado enemigo en el momento en que se atreve a cultivar una sensibilidad, una conciencia, una creatividad propias, en el momento en que osa convertirse en sí mismo.

¿Qué hacer ante estos seres que consideran que el mundo les pertenece porque son la mayoría? ¿Qué hacer ante todas esas personas para quienes la filosofía consiste en vender caro lo que obtuvieron barato, esas personas que están en competición y buscan rebajar a los otros por todos los medios posibles? ¿Qué hacer en un mundo que se burla de cada ser y de su genio, un mundo que no necesita ni de la conciencia ni del corazón de cada uno? Un mundo que quiere que seamos compradores frustrados.

Éste es el problema que me impuse, la razón que me llevó a estudiar el mito cristiano. Digo «mito» dirigiéndome a los no creyentes; los creyentes podrán comprender «religión».

El mito cristiano, del mismo modo que el Tarot, no puede ser reducido a una visión determinada, fija, preestablecida. Funciona como un símbolo y, por tanto, no puede ser captado intelectualmente. En el Tarot, el error consiste en petrificar cada arcano en una definición rígida y cerrada. Sin embargo, cada carta es un misterio insondable capaz de recibir mil interpretaciones distintas. Para captar el juego, hace falta impregnarse de él hasta que comience a entrar en relación con nuestra emocionalidad. A partir de ahí, las cartas ejercen una acción sobre nosotros. Sólo entonces uno puede hablar de cada arcano en el grado de nuestra inspiración y proyectando lo que somos. Lo importante es comprender que lo que vemos corresponde a una proyección de nosotros mismos. El juego funciona como un espejo. De la misma forma, el mito funciona como un espejo que describe acontecimientos inconscientes. Su lectura debe pasar por el lenguaje emocional, el lenguaje del corazón.

La memorización es un camino indicado para llegar a ese lenguaje. Memorizar el mito, como memorizar el Tarot, permite visualizarlo y después vivirlo.

Mi primer afán al estudiar el Evangelio es exaltarlo al buscar las más bellas interpretaciones posibles. Soy muy consciente de que se trata de un trabajo sin fin porque uno siempre podrá encontrar una belleza mayor. Es como en el Tarot: hace falta comenzar y nunca cejar. A medida que enriquezcamos este estudio, enriqueceremos nuestras vidas e imperceptiblemente cambiará todo en nosotros: nuestros movimientos, nuestra manera de comer, de pensar, de sentir, de hacer el amor, de parir, de creer, de morir... Si no lo interrumpimos jamás, este trabajo producirá un cambio.

Mi manera de proceder no pertenece a ninguna escuela.

Con el Tarot aprendí a mirar sin prejuicios. Antes de proyectar cualquier idea, hace falta ante todo ver. Es la condición esencial para elaborar una teoría válida.

Mirando los arcanos comprendí que cada carta, por su aspecto simbólico, era una forma abierta sobre la que cada cual podía emplear su imaginación. Así, por ejemplo, pode-

mos interpretar negativamente la carta llamada La Torre [La Maison- Dieu] y decir que se trata de la torre de Babel, o del castigo de la vanidad, o de un accidente o del desgarramiento de la pareja, etcétera, mas también podemos decir que ese arcano significa la danza alrededor del templo, la recepción de la palabra sagrada, el atañor (horno alquímico) o la toma de posesión del terreno y un homenaje a la vida divina, etcétera.

Del mismo modo, el Evangelio es una especie de forma abierta que permite millares de interpretaciones. Su mensaje es misterioso y está oculto. Como sucede con el Antiguo Testamento, cuando uno comienza a penetrar profundamente en el Evangelio, se encuentra ante textos de tal complejidad que parece en verdad imposible que un ser humano haya podido escribirlos. Antes bien, uno diría que se trata de una obra divina que habría sido «recibida» por el hombre y que le es muy superior. Por otra parte, estas obras superan a todas las interpretaciones que pueda hacérseles.

Para estudiar cada capítulo, lo he tomado como un arcano del Tarot. He contemplado todos sus detalles. Traté de imaginar todo lo que ahí sucedía como si viera una película y, a partir del momento en que me había impregnado bien de ello, dejé hablar a mi intuición sin saber a dónde me llevaría.

El ideal hubiera sido estudiar el texto a partir de su versión original, pero utilicé la traducción ecuménica puesto que numerosos grupos religiosos se han puesto de acuerdo sobre ese texto.

He emprendido este trabajo de relectura con total humildad y sin querer agraviar a quienes ya conocen el Evangelio. Por otra parte, me parece que cuando uno ama un tema, nada le resulta más bello que escuchar a otros hablar de él.

Espero con este trabajo contribuir a la toma de conciencia colectiva que está por venir. Pero es posible que tengamos que esperar hasta el siglo XXII para que la humanidad cambie de modo fundamental. ¿Qué sucedería si Cristo se presentara hoy? El Cristo es un Mesías: si acude es para salvar a la humanidad. Ningún individuo puede salvarla ahora. Si el Cristo viene, será un Cristo colectivo. Será la iluminación de toda la humanidad.

Si la humanidad entera no se ilumina, lo humano se acaba. El Cristo o es colectivo o no es.

¿Y qué es el hombre? El hombre tiene que comprender que su cuerpo es el universo, que el tiempo es lo que le sucede a él, y que su conciencia es parte de la conciencia cósmica. Tenemos que comprender –aunque no lo vivamos, aunque muramos antes de verlo– que el hombre va a poblar las estrellas, que va a lograr vivir tanto como el universo, que constituirá una conciencia global y será la mente del cosmos. Si no tenemos este ideal, no vale la pena vivir. Poco a poco debemos acercarnos a este ideal. Nosotros no veremos la llegada de la Conciencia cósmica; no veremos los frutos de las semillas que estamos plantando. Debemos sacrificarnos, porque sólo nuestros descendientes lo verán. Ése es el sentido del sacrificio que nos enseñan los Evangelios: la absoluta humildad necesaria para actuar sabiendo que no veremos los resultados.

La mala lectura del mito nos enseña a vivir en el mayor egoísmo: ensuciamos el planeta y no nos importa porque no padeceremos la catástrofe; ensuciamos nuestros cuerpos y nos autodestruimos para morir pronto y no ver los resultados de las devastaciones que estamos cometiendo. Sólo nos importa el tiempo que calculamos estar aquí, y el porvenir nos tiene sin cuidado, aunque sea el de nuestros hijos; vagamente nos tranquilizamos pensando que ellos se las arreglarán como nosotros. Pero la verdadera humildad consiste en trabajar y actuar en cada instante creyendo en la humanidad futura, en que ella llegará a abrirse al cosmos como una flor en un mañana que nosotros, tú, yo, no llegaremos a ver.

Tenemos que pensar en lo que vendrá, y amarlo. Debemos actuar creyendo en la humanidad futura. Trabajar para ella, incansablemente. Aprender a aceptar el sacrificio. Porque de otra forma, ese cambio no se producirá. Nosotros plantaremos la semilla, nosotros trabajaremos, nosotros haremos avanzar a la humanidad hacia su realización.

¿Cómo nacen los mitos? Primero alguien los sueña, esos sueños luego son convertidos en cantos, después alguien los transforma en poemas y, finalmente, alguien más los escribe

en Libros Sagrados. ¿Y de dónde proceden estos sueños iniciales? Quizá de la misma divinidad (si somos creyentes) o de los arquetipos (si no lo somos). Así como la araña teje telas, nosotros fabricamos sueños. Ése es el mito fundacional, porque sostiene a toda la sociedad. Y contra los sueños se erige el poder, el egoísmo.

Por ello me planteo leer el mito fundacional al pie de la letra: cada frase del Evangelio es perfecta y contiene una enseñanza. Y mi proyecto fue colocar sobre este texto una mirada artística.

Me propuse ser fiel a los escritos, no poner en duda sus afirmaciones, no buscar los lados negativos ni emitir la menor crítica destructiva, no herir la sensibilidad religiosa ni cometer ninguna blasfemia y, sobre todo, exaltar el texto realzando su belleza. Si no puedo cambiar ni una sola letra del mito puedo, no obstante, cambiar su interpretación, colocarla en nuestro actual nivel de conciencia y en la perspectiva de la humanidad futura.

Porque el mito fundacional está rodeado de nubes negras que son las interpretaciones arcaicas que las sectas han hecho sobre ese mensaje. Actualmente, esas interpretaciones están terminando con la humanidad: provocan guerras, hecatombes familiares, cánceres en todas partes del cuerpo –sobre todo en las partes sexuales–, pervierten la expresión humana, aniquilan la felicidad, crean pobreza.

Pondré un ejemplo, de los que lamentablemente hay tantos. Una de las infinitas resultantes de la mala lectura del mito, y de las más nefastas, es lo que llamo «el síndrome del niño perfecto». Examinemos un árbol genealógico: si a lo largo de varias generaciones se repiten en él los nombres «José» y «María», lo más probable es que se dé este síndrome de forma cíclica. Los «José» y «María» pueden estar escondidos (por ejemplo, un «José Manuel» casado con una «Rosa María»), pero aun así el síndrome se presentará con su hijo primogénito, al que no necesariamente llamarán «Jesús»: bien puede ser Christian, Salvador, Emanuel, Pascual, Cristóbal o cualquier otro nombre de resonancias crísticas. Si es varón, sus padres le exigirán que sea perfecto: tendrá que ser sabio a los 7 años, impecable a los 15, irrefutable a los 30, y es muy probable

que enferme y muera a los 33, víctima de una de esas atroces enfermedades de la «modernidad».

Este ser humano se sacrificará inconscientemente porque así ha sido su condicionamiento desde el árbol genealógico y desde la pésima lectura del mito como sexualidad refrenada. Y si es mujer, mejor, porque entonces ni siquiera se le exigirá ser perfecta: sólo podrá ser la madre de un varón perfecto (esto es lo más a lo que se le permitirá llegar) y a su vez transmitirá el ciclo y cumplirá el síndrome.

Nuestro mito fundacional ha sido manipulado para ponerlo al servicio de la explotación. Pensando que el arte es algo que cura, yo he reinterpretado los Evangelios según una visión artística.

Vivimos aterrados. Sobre todo nos ahoga el pavor económico. Los animales tienen miedo, es su reacción instintiva ante lo inesperado: es lo propio del animal, no del ser humano. En los Evangelios, lo que un ángel dice cuando se presenta ante alguien es: «No tengas miedo», lo que significa colocar a la persona en un estado de humanidad. Actualmente vivimos en una pavorosa bestialidad económica. Una lectura positiva del mito comienza exactamente así, con un «no tengas miedo», arrancándonos de la animalidad en que vivimos y colocándonos en la perspectiva de nuestra humanidad presente y futura.

La genealogía de José

Mateo comienza con la «Genealogía de Jesucristo» (cap. 1, versículos 1-17):

Libro de los orígenes de Jesús Cristo, hijo de David...

y va dando una larga lista de personajes que han engendrado a José, y termina con:

...Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

José, ¿por qué José? Me pregunté cuál había sido la vida del primer José del que habla la Biblia. Lo encontré en el capítulo 37 del Génesis.

Este José del Génesis era tan bello que su padre le ofreció una túnica. Sus hermanos (que eran doce) sintieron envidia y se pusieron furiosos porque el padre había distinguido a José. Cuando uno recuerda que no se podía cortar la túnica de Cristo y que quienes se la disputaban tuvieron que jugársela a los dados porque estaba hecha de una sola pieza, nos damos cuenta de que esa túnica comienza con este primer José. Por otra parte, ¿quién dio la túnica a Cristo? Podemos pensar que fue José (el padre de Jesús), puesto que Cristo es hijo de David a través de José. Hay que comprender que es José quien otor-

ga su árbol genealógico a Cristo y que de este modo ofrece a Dios la posibilidad de cumplir su promesa hecha en la casa de David (Segundo Libro de Samuel, 7:12-16). Ergo, por más increíble que pudiera parecer, sin José no hay Mesías.

¿Quién era este José del Génesis? Sus hermanos, celosos, lo lanzan al fondo de una cisterna o un pozo para que muera. Luego toman la túnica de José y la manchan con la sangre de un animal; la muestran así a su padre (Jacob): éste cree que José ha sido devorado por una bestia y se hunde en una profunda pesadumbre.

José, pues, está desnudo en un pozo. Se dice que la verdad está desnuda en el fondo de un pozo. José era la verdad. Se decía que era justo. ¿Y qué sabía hacer? Interpretar los sueños. Tuvo dos de ellos, que narró a sus hermanos:

Oíd este sueño que he tenido. Estábamos atando gavillas en medio del campo, cuando he aquí que mi gavilla se levantó y se mantuvo derecha, mientras que las vuestras se ponían a su alrededor y se inclinaban ante ella.

¿Qué significa este curioso hecho de que las otras doce gavillas se inclinaran ante la de José? Los doce apóstoles se inclinan ante el Cristo.

José sabía soñar y Dios lo protegía. ¿Qué hizo en el fondo del pozo, desnudo, sin nada que comer? No tenía sino una sola cosa que hacer: ponerse a meditar. Cae en trance, se concentra en sí mismo. Se comunica con el cosmos. Se comunica con su Maestro. Se comunica con su destino.

Más tarde casi llega a ser faraón de Egipto porque sus hermanos lo venden a ciertos mercaderes que a su vez lo venden en Egipto. Ahí es enviado a la prisión. Luego interpreta un sueño del faraón, el famoso sueño de las siete vacas flacas y las siete vacas gordas. En seguida el faraón le da todo Egipto para administrarlo.

Es a partir del fondo de ese pozo que la epopeya cristiana comienza muy claramente a dibujarse: no existiría si alguien no hubiera lanzado a un hombre al fondo de un pozo, es decir a lo más profundo de su desamparo. Nuestra civilización no existiría (según el mito, evidentemente).

Este otro hombre, José (padre de Jesús), está en el fondo de un pozo (el pozo de nuestro desconocimiento y nuestra incompreensión). Será preciso hacerlo salir. Será preciso reconocer su valor. Él es el principal motor del Evangelio. Debemos comenzar por él, es decir, por «La anunciación a José».

La anunciación a José (Mateo 1:18-25)

El nacimiento de Jesucristo fue así. Su madre, María, estaba desposada con José; y antes de vivir juntos, resultó que ella había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. Pero José, su esposo, que era un hombre justo y no quería difamarla públicamente, resolvió repudiarla en secreto.

¿Qué es un hombre justo? Para responder a esta pregunta busquemos en la Biblia cuándo se dice por vez primera que un hombre es «justo». Es en el capítulo 15 del Génesis, versículos 5-6; en esta época, Abraham es viejo, tan viejo como Zacarías, padre de Juan.

Dios lo llevó fuera y le dijo: «Contempla el cielo y cuenta las estrellas si puedes hacerlo».

Abraham exclama «Eso no es posible, ¿cómo voy a contar las estrellas?». Lo intenta inútilmente; entonces Dios agrega «Tal será tu descendencia».

Se lo dice a un anciano casado con una mujer tan vieja como él. No obstante,

Abraham tuvo fe en el Señor, y por ello el Señor lo consideró como justo.

He aquí la descripción de «justo»: José fue un hombre que tuvo fe en lo que el Señor le decía. Era un hombre justo. Esto quiere decir que conocía la ley y seguía todos los preceptos. (Los judíos aprenden de memoria la Torah completa. Además de memorizarla, analizan cada frase, la comentan, etcétera.)

Un hombre justo es un hombre perfecto, santo, que observa la religión de un modo impecable y puro. Esto es José.

El Evangelio no precisa su edad. Es falso afirmar que era viejo, porque ello no está escrito en parte alguna. En tanto su edad no está señalada, cada cual se hace de José la imagen que quiere. El Evangelio deja impreciso este punto porque José puede ser el espíritu de cualquiera de nosotros, el espíritu del hombre. No hace falta ni es importante ubicarlo en una edad. Podría ser un muchacho de catorce o quince años, como la Virgen.

Hay algo esencial que no se dice pero que bien podría estar escrito entre las líneas

José, su marido, que era un hombre justo y no quería difamarla públicamente...

¿Cómo se entera de que María está encinta? Es necesario imaginar la manera en que José se dio cuenta, así como hay que imaginar la belleza de su mujer.

José no había elegido a una mujer vulgar. María era una mujer perfecta hasta la última de sus células, una mujer completamente consagrada hasta en el menor de sus huesos. Era la perfección misma.

Evidentemente, un ser como ella no podría haber ocultado a José un suceso así. María no era capaz de mentir. Desde que aparece el fenómeno de la ausencia de sus reglas, ella se acerca a su marido y le dice «Estoy encinta y soy virgen». En ese momento, José no le cree. Es un hombre justo y creyente, pero en ese caso no cree porque está escrito que, no queriéndola difamar, resuelve repudiarla en secreto.

Un problema se le presenta entonces: repudiarla en secreto no es compatible con el hecho de que él sea un hombre justo. En efecto, si es justo y no le cree, debe anunciar públicamente «Esta mujer se ha acostado con otro hombre. Es adúltera. Debemos castigarla con la lapidación».

José entra en conflicto consigo mismo: debe denunciarla pero no quiere difamarla. Esto significa que la ama totalmente y que ella es más fuerte que toda la ley. La fuerza de su

amor es más que evidente. ¿Por qué iba a pedir en matrimonio a una mujer si no la amara por completo? Sobre todo, ella ha nacido en Nazaret. Pero vemos en una nota del Evangelio que Nazaret es la ciudad más olvidada, una pequeña aldea sin importancia. Y así, María era una muchacha sin importancia.

¿Por qué un hombre justo se casaría con una muchacha sin importancia? ¿Y por qué no cumpliría la ley? Por una sola razón: porque esta muchacha era más bella que la ley. Objetivamente era en verdad más bella, y de tal manera que José no sólo no quería lapidarla sino tampoco difamarla. Al mismo tiempo, en su amor, no podía aceptar que ella estuviera encinta de otro hombre.

...resolvió repudiarla en secreto...

Para ocultar el hecho de repudiarla, José parte. ¿Es posible imaginar la inmensa decepción de este hombre, la duda que debe torturarlo? Ha caído en el fondo de un pozo. Parte sin nada.

Para él, partir era abandonar la Torah, la ley, pecar, romper con todo lo que él era, destruirse totalmente porque, como veremos más adelante, un hombre justo no puede vivir lejos del templo. El ideal de un hombre justo es vivir, de la mañana a la noche, cerca del templo, con la Escritura, con Dios.

Además, siendo justo, no puede mentir. De este modo, aparte de repudiar a María se ha separado de la sociedad y por tanto de la comunidad judía. Ya no puede encararse con otros judíos y mentir. Su partida, entonces, es definitiva. Debe ir a Egipto o a Arabia. Debe transgredir la ley, romper con Dios. Lo abandona todo y se encuentra completamente desnudo en el fondo de un pozo.

Para él, María es incluso más fuerte que Dios. Se trata del amor loco, el amor de un hombre que ama a una mujer con toda la fuerza de su ser. La ama con su sexo, con su corazón, con su cabeza, con su vida misma. La ama porque jamás vio una mujer más bella. Por otra parte, María es tan hermosa que Dios la ve. José sabe que no es digno de María porque «Ella es todo y yo soy nada». Es la voz del amor.